Patricia Morales*

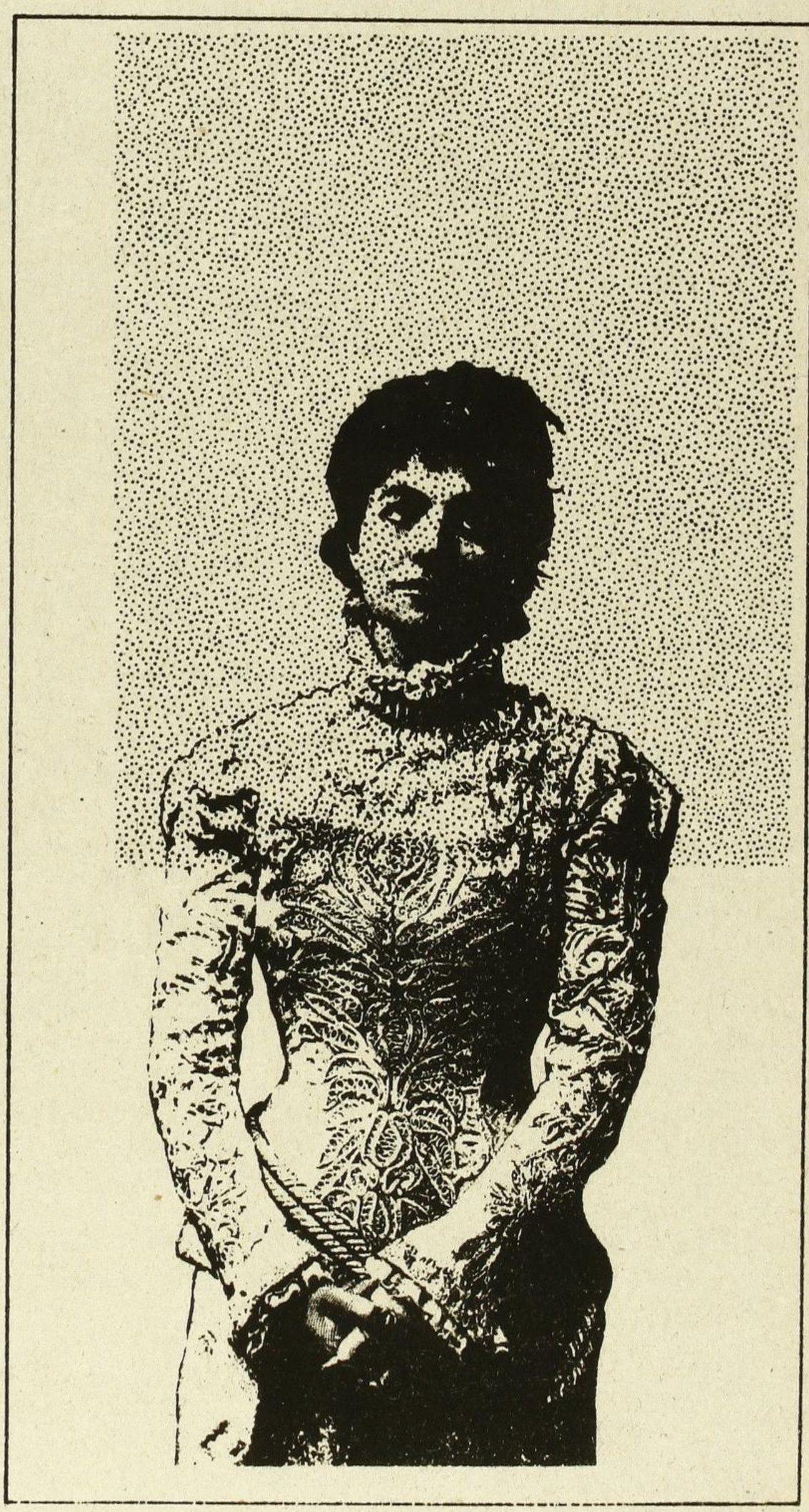
Mi vida, de Alma Mahler- Werfel

No fue así. Pero acaso Alma Mahler-Werfel pudo pasar a la historia como compositora. En lugar de desarrollar su propio talento optó por consagrar su vida a los hombres que amó, todos artistas. Y con una actitud muy femenina, incluso maternal, se dedicó a cuidar de ellos con esmero y favorecer un ambiente propicio para la creación.

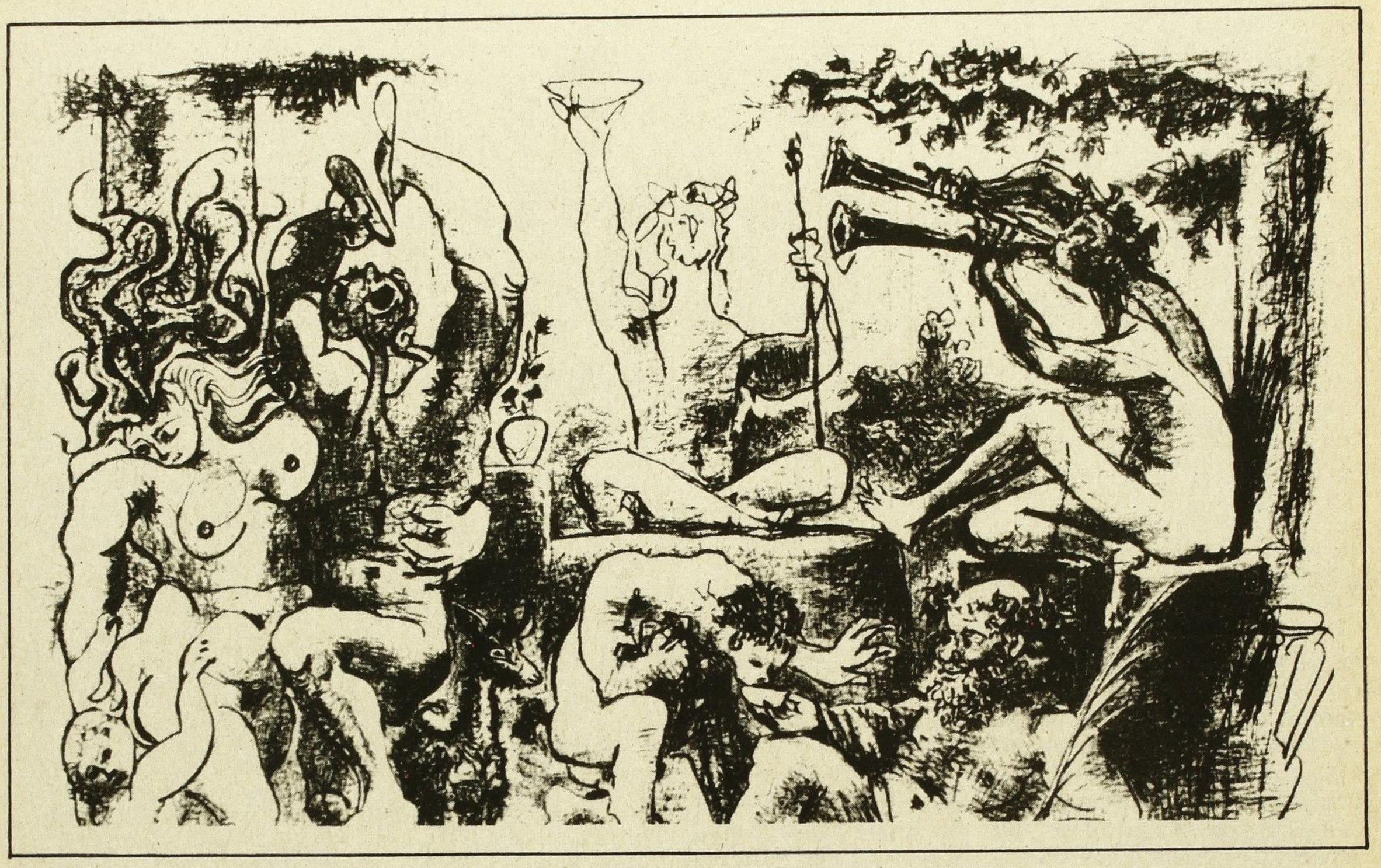
Alma nació en 1880; contemporánea de Lou Andreas Salomé, le tocó vivir en la Viena de Freud, más libre que la sociedad puritana de Inglaterra en la que escribió la autora de *Tres Guineas*. El sacrificio de su carrera se explica, quizá, por el tamaño de los personajes con quienes convivió; no, no debió haber sido fácil para una mujer destacar al lado de Gustav Mahler. Y también a la prematura muerte de su padre. Emil J. Schindler "fue el paisajista más importante de la monarquía austriaca", aristócrata y de fácil conversación, "era amante de la música. Tenía una maravillosa voz de tenor alto y cantaba lieder de Schumann y cosas por el estilo". Además, "mi padre siempre me tomó en serio". Murió cuando Alma era apenas una niña de doce años. Y desde entonces buscó la mirada paterna en los hombres amados.

Primero en Gustav Klimt, pintor ya famoso por aquellos años, a quien conoció en casa de su padrastro Carl Moll. Ella era muy joven y su madre interrumpió violentamente sus relaciones. Ya había escuchado su obra, cuando conoció personalmente a Mahler a los veinte; se casó con él dos años después. Su matrimonio fue difícil. Alma empezó a componer música a la edad de nueve años, y continuó tenazmente sus estudios hasta que Gustav, aún antes de casarse, "exigió que abandonase inmediatamente mi música, que tenía que vivir sólo para la suya". Y ella aceptó. Como Sonia Tolstoi, quien pasaba en limpio y corregía una y otra vez las páginas de su marido, Alma utilizó su saber musical para copiar el trabajo de Mahler. Y no fue feliz, a juzgar por lo que ella misma dice en su libro: "Gustav vive su vida y yo también tengo que vivírsela". Pero a cambio se imaginaba comprometida con ese destino de grandeza masculino y vivió con el creador antes que con el hombre; más que de caricias y ternura, su amor se alimentó de notas musicales. Dos hijas nacieron de su unión: María y Ana. Mientras Mahler componía sus *Canciones de los Niños Muertos*, Alma, horrorizada, contemplaba a sus dos niñas corretear felices por el jardín. No sabía que su María iba a morir poco después. Y también Gustav en 1911. A los treinta años, con Ana de seis. Alma pudo recuperarse; pero no retomar el camino de la creación: ya era tarde para eso. El encuentro con Mahler había sido decisivo.

Un año después conoció al pintor Oscar Kokoschka, y tuvo



Morales, Patricia, periodista. Colabora en UNOMASUNO. Ha publicado "*Indocumentados mexicanos*".



con él un romance intenso que luego se convertiría en apasionada amistad de por vida. Oscar se quería casar con ella, pero "sus celos y su desconfianza acabaron con nuestra unión". A saber por qué no aceptó, ya que "toda la pureza de este mundo salía a mi encuentro en Oscar. Pero yo no podía soportar la luz fuerte". A Walter Gropius, destacado arquitecto, lo había conocido en 1910; y fue él quien se convirtió en su segundo esposo cinco años después. "Mi voluntad está clara: no quiero otra cosa que hacer feliz a este hombre". Sin embargo, a pocos meses de su matrimonio leyó un poema de Werfel: "el poema me impactó. Me sentí fascinada, presa del espíritu de Franz Werfel. Este poema es una de las cosas más bellas que conozco"; y le puso música. Un año después nacería Manón, hija de Alma y Walter. Durante el otoño de 1917 conoció a Werfel, quien amaba la música de Mahler. Y desde el primer día Alma se sintió atraída por él. "Me fui al dormitorio con mi marido y las sensaciones más extrañas. Embriagada de música, me dormí al lado de alguien que se me había vuelto singularmente extraño". Ya a principios de 1918 Alma y Franz se amaban.

Ese amor fue el responsable de que ella diera a luz prematuramente a su único hijo; y de que se viera al borde de la tumba. Es conmovedor el texto de Werfel sobre su pasión por Alma durante aquellos meses. Esta experiencia la uniría al escritor para siempre. Pero ese niño murió antes de cumplir el año; y Alma se divorciaría de Gropius. Porque él estaba lejos en la guerra y también porque "Doña música nos separó. No era lo suyo". En cambio quería a Manón más que a nadie. "era congénito en ella ese milagro de equilibrio al que yo siempre he escapado".

Se casó con Franz Werfel en 1929, a los 49 años. Y todo parece indicar que Alma por fin halló la tranquilidad amorosa con este escritor judío pero convertido al catolicismo, de filiación izquierdista primero y luego feroz anticomunista. En 1937 comienzan su peregrinar huyendo del peligro nazi; hasta que llegaron a los Estados Unidos: Nueva York y California. A fines de 1945 murió Werfel. Y Alma, en 1960, vivía aún en Nueva York, administrando dos empresas: una herencia musical y otra literaria, de las cuales siempre fue perfectamente consciente.

Mi Vida de Alma Mahler-Werfel es un libro escrito a saltos, desordenado y lleno de vehemencia; como su vida misma. Mujer de intensas pasiones y experiencias profundas; disfrutaba de la compañía de amigos. Uno de sus aciertos es, sin duda, los retratos de los personajes con quienes convivió. Amó mucho y también sufrió mucho, sobre todo la muerte de sus seres más queridos: en primer lugar la de su padre, luego la de Mahler y su hija María; después Martín a los diez meses y más que la de nadie, padeció la pérdida de Manón en 1935; finalmente Werfel, y con él la de muchos amigos que quería.

Su libro nos deja la impresión de una mujer dependiente, no obstante contar con todos los recursos —herencia, belleza, talento, vitalidad— para llevar una existencia, no solitaria, pero sí autónoma. De una mujer que buscó la mirada aprobatoria y amorosa del padre; y que a cambio de esa comprensión incondicional: apoyo y aliento para el desarrollo creativo, encontró grandes pasiones, intranquilidad y el íntimo conocimiento de hombres geniales. Vivir la música, la gran música y también la pintura y literatura (las dos primeras pasiones del padre); poseer el arte mediante la unión con sus creadores parece haber sido su destino: "He tenido una vida hermosa. Dios me permitió conocer obras geniales de nuestro tiempo antes de que dejarán las manos de sus creadores. Y si me fue dado sostener algún tiempo los estribos de esos abanderados de la luz, mi existencia queda justificada y enriquecida".

Destino, por lo demás, no poco frecuente en las mujeres.